

V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en
Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos
Aires, Buenos Aires, 2013.

Histeria, ¿un asunto de mujeres?.

Martin, Julia y Machado, María Ines.

Cita:

Martin, Julia y Machado, María Ines (2013). *Histeria, ¿un asunto de mujeres?.* V Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XX Jornadas de Investigación Noveno Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-054/765>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/edbf/wya>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

HISTERIA, ¿UN ASUNTO DE MUJERES?

Martin, Julia; Machado, María Ines

Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Resumen

Es un hecho el íntimo vínculo que suele establecerse entre la histeria y las mujeres. Además de las cuestiones estructurales, posiblemente influya sobre esta vinculación la predominancia de mujeres histéricas en la casuística freudiana, e incluso algunos desarrollos ligados a la oscura temática de la sexualidad femenina que la emparentan. Sin embargo, en este trabajo nos proponemos indagar la llamada "histeria masculina", es decir, hombres diagnosticados como histeria, realizando una primera aproximación a la cuestión. Luego de abordar la relación entre histeria y femineidad, analizaremos lo que Freud ha escrito sobre estos hombres y traeremos algunas figuras de la ficción para poder alcanzar la especificidad de estas presentaciones.

Palabras clave

Histeria, Mujeres, Hombres, Masculina, Femenina

Abstract

HYSTERIA, A SUBJECT ON WOMEN?

It is a fact that hysteria is directly related to women. Besides structural dimensions implied, it is possible that this relationship is frequently made due to the fact of the great amount of hysteric women in Freudian cases, as well as some enigmatic developments on feminine sexuality that tie the bond between them. However, this work is orientated to bring light on the so-called masculine hysteria, that is to say, men diagnosed as hysteric. After analyzing the links between hysteria and femininity, we will analyze what Freud has written about these hysteric men, and we will take some fictional characters in the attempt of defining the key elements of masculine hysteria.

Key words

Hysteria, Women, Men, Masculine, Feminine

Introducción

Es un hecho el íntimo vínculo que suele establecerse entre la histeria y las mujeres. Posiblemente influya sobre esta vinculación la predominancia de mujeres histéricas en la casuística freudiana e incluso algunos desarrollos ligados a la oscura temática de la sexualidad femenina que la emparentan. Más allá de esto, tanto Freud como Lacan abordaron esta íntima relación obligados por la predominancia clínica.

Es sabido que para el psicoanálisis, la anatomía aunque tenga algunas consecuencias psíquicas no es el destino, ser hombre o mujer anatómicamente nada tiene que ver con la posición sexuada que se inscribe en el inconciente. La posición sexuada implica un subjetivación del sexo y una inscripción para Freud en términos de tener o no tener el falo. Única referencia que da cuenta de la disimetría simbólica entre ambos sexos, en tanto no hay representación para el sexo femenino en el inconciente.

Guiado entonces por lo oscuro y enigmático de las mujeres, escribe varios artículos entre ellos "Sobre la sexualidad femenina" (1931),

donde se pregunta cómo una niña deviene mujer, cómo pasa de ofrecerse como falo imaginario para la madre a ser el falo a condición de no tenerlo, a condición de evocar su falta construyendo en esta vía la mascarada femenina que Freud alude en "La femineidad" (Freud, 1933).

Este pasaje para Freud implica ciertos avatares, la salida del complejo de castración, de su envidia del pene inicial, será estructurante para la pequeña pudiendo realizarse de tres formas posibles. Una de ellas es la que la conduce a la femineidad en términos freudianos que es la que se articula con el Complejo de Edipo, implicando ciertos rodeos adicionales: realizar cambio de objeto (de la madre al padre) y de zona rectora (del clítoris a la vagina). Allí el amor al padre toma un protagonismo central, en tanto será de él de quien se espere la compensación fálica reprochada a la madre, según la ecuación pene=niño. Pues bien otra de las características de esta salida, es que no está asegurado el sepultamiento del Edipo como si acontece en los hombres y esto imprime características singulares a las mujeres en la constitución del súper yo. Pero la que nos interesa es la perdurabilidad de esa ligazón al padre, objeto al cual la histérica regresa frente a una frustración acontecida. Ahora bien ¿qué relación guarda la histeria con estos avatares?

El aporte de Lacan a la cuestión de las mujeres

Lacan es muy claro, ubica este rodeo adicional en la mujer como una ventaja para la histérica, en tanto gracias a esta identificación imaginaria al padre, perfectamente accesible para ella por su lugar en el Edipo, encontrará respuesta a qué es ser una mujer, justamente por no llegar a serlo. Lacan con sus referencias estructurales define la neurosis como una pregunta, cuya respuesta da amordaza con su yo. En este sentido, la histeria ya es una respuesta concretizada en esa "representación sin palabras" que es la pantomima, la identificación a un hombre, a ese hombre de paja, que le permite obtener finalmente algo del saber que busca (Lacan 1958). De esa forma el interés que Freud lee en Dora hacia la Sra K y que interpreta como una moción homosexual hacia ella, no es más que el interés que le suscita en tanto es ella quien encarna el enigma de la femineidad.

No se puede obviar destacar que en el Seminario III en los capítulos sobre la pregunta histérica trae el caso de un hombre para dar cuenta de la pregunta que define a la histeria diciendo que en él la situación es más compleja. "En tanto la realización edípica está mejor estructurada en el hombre, la pregunta histérica tiene menos posibilidades de formularse. Pero si se formula ¿cuál es? Hay aquí la misma disimetría que en el Edipo: el histérico y la histérica se hacen la misma pregunta. La pregunta del histérico también atañe a la posición femenina", en este caso una pregunta por la procreación. (Lacan, 1955-56).

Planteada tempranamente la diferenciación entre la histeria y la posición femenina, "volverse mujer y preguntarse qué es una mujer son dos cosas esencialmente diferentes. Diría aún más, se pregunta porque no se llega a serlo y, hasta cierto punto, preguntarse es lo contrario de llegar a serlo" (Lacan, 1955-1956). Lacan retoma la pregunta freudiana en el Seminario IV y sostiene que la histérica es

alguien que ha alcanzado la crisis edípica y que al mismo tiempo ha podido y no ha podido franquearla, ubicando como única razón la impotencia del padre. Allí donde es necesaria la presencia de un padre que dé simbólicamente el objeto faltante por el que la niña entre en el Edipo, nos encontramos con la contingencia de un padre carente. Esto favorece la elección de Dora de radicalizar en su amor al padre el principio de intercambio de dones “nada por nada”. Ella lo ama por lo que este no le da, y por no haber renunciado al falo paterno como objeto de don no puede tolerar nada que haya de recibir de otro hombre. Justamente la histeria queda detenida allí, un paso antes que la mujer, en tanto “(...) el sujeto femenino sólo puede entrar en la dialéctica del orden simbólico por el don del falo (...)” (Lacan 1956-1957).

En suma, si bien inicialmente los desarrollos lacanianos sobre la sexualidad femenina continuarán los freudianos tomando como referencia al falo, aunque distinguiendo ambas posiciones entre tenerlo y serlo, se advierte sobre la insuficiencia de la medida fálica para drenar la totalidad de la vida pulsional en una mujer. Será recién en los años 70 que podrá formalizar las posiciones sexuadas, yendo más allá del falo, en sus fórmulas de la sexuación. Allí la histeria y la posición femenina quedan ubicadas en lados opuestos, la primera queda del lado masculino, del Todo fálico y por tanto es homosexual, en tanto regida toda al igual que los hombres por la función fálica. Mientras que la mujer si bien se encuentra atravesada por la función fálica, es no-toda fálica, tiene un goce suplementario, que queda por fuera de toda medida y que es desconocido para ella misma. En este contexto la histeria es masculina.

La histeria y los hombres

La obra freudiana testimonia el rol protagónico que cumplieron las mujeres histéricas en la discontinuidad que implicó el nacimiento del psicoanálisis y sus primeros desarrollos. Sin embargo, ya tempranamente se pueden encontrar referencias que permiten localizar una pregunta clínica por la histeria masculina. A meses de su regreso de París y como resultado de su encuentro con Charcot, Freud presenta ante la Sociedad Médica un informe denominado “Sobre la histeria en el hombre” que no resulta bien acogida en ese ámbito. Sin embargo, lo obliga a responder a un desafío realizado por el Profesor Meynert: presentar un caso de histeria masculina donde se evidenciaran los signos somáticos de esta afección, los llamados “estigmas histéricos”. Al tiempo, presenta el caso Augusto P. (Freud, 1886) centrándose predominantemente en su síntoma de hemianestesia y guardando toda la impronta de la enseñanza de su maestro, quien claramente al elevar a la histeria a un tipo clínico desarraigó la concepción sostenida, por varios de sus colegas, de la exclusividad de la misma a las mujeres dada su referencia etimológica, “histero=útero”.

A pesar de este inicio, sus avances hacia la creación del psicoanálisis y sus posteriores desarrollos fueron delineados por la clínica de las histéricas mujeres. En las producciones de esos años se descubren desperdigadas referencias, indicaciones, señalamientos que dan cuenta de una pregunta abierta por la histeria masculina, relacionada por Freud siempre al factor constitucional de la bisexualidad humana.

Será luego del giro de los años veinte, cuando Freud publicará dos casos de sujetos masculinos que considerará histerias, permitiéndonos rastrear un poco más su concepción de la misma. Llamativamente a este tiempo le corresponde un silencio clínico sobre la mujer histérica, ligado tal vez al interrogante que el caso de la Joven Homosexual abrió en Freud sobre la sexualidad femenina.

En Freud: los casos

Uno de los casos corresponde al pintor Cristóbal Haizmann publicado en 1923 bajo el título “Una neurosis demoníaca en el siglo XVII”. Arriba a este diagnóstico sobre todo a partir de su diario íntimo y de una serie de documentos que relatan su pacto firmado con el diablo y su desposesión mediante dos exorcismos. Sus principales síntomas eran crisis convulsivas, parálisis y visiones entendidas como resultados de una conflictiva edípica con el padre, cuyo sustituto era el Diablo. Se trata para Freud de una “manifestación histérica” (según la traducción de López Ballesteros) bajo la “vestimenta demonológica” que esta neurosis tomaba en ese siglo, distinto al disfraz de enfermedad orgánica, dando ya cuenta de la versatilidad de la presentación histérica respecto del Amo de cada época.

El segundo caso corresponde al escritor Dostoievski expuesto en “Dostoievski y el parricidio”, 1928. A partir de su obra literaria Freud ofrece una hipótesis diagnóstica y la argumenta, lo considera una “histeria grave” leyendo esencialmente sus ataques epilépticos como síntomas histéricos, cuyo sentido y propósito se resumían en ser un autocastigo por desear la muerte del padre. ““tú has querido matar al padre a fin de ser tú mismo el padre. Ahora eres el padre pero el padre muerto”: el mecanismo habitual del síntoma histérico”, dice Freud, recordándonos la segunda identificación freudiana que trabaja en Psicología de las masas y análisis del yo (Freud, 1921). Y ubica en el síntoma esta identificación del yo al padre muerto consentida por súper yo a modo de castigo y actualizado en la relación entre estas instancias.

En ambos la muerte del padre constituye el ocasionamiento para la sintomatología histérica y para dar lugar el primer pacto con el diablo lo realiza frente a la muerte del padre, al que le sigue un período de melancolización, antes de los síntomas histéricos.

Además de estos síntomas, Freud subraya en ambos casos la revuelta contra una actitud femenina hacia el padre, aceptable para una mujer, dependiente de una intensidad mayor del componente bisexual, constitucional de todo ser humano, en estos hombres. Explicita de esta forma la hipótesis que venía sosteniendo. Amenazada su virilidad por el Complejo de Castración, en lugar de resignar su deseo de tener a la madre y de eliminar al padre, en casos como éstos se intenta otra salida, se busca escapatoria vigorizándose el lado femenino, identificándose a la madre y adoptando el lugar de objeto de amor frente al padre. Sólo que la angustia de castración invalida también esta posibilidad, entonces se reprimen ambas mociones por angustia de castración: el odio y el enamoramiento hacia el padre. Pero el refuerzo patógeno deviene de esto última, de la angustia ante la actitud femenina hacia él. Por lo tanto explica Freud, una fuerte disposición bisexual condiciona o refuerza la neurosis (Freud, 1928).

Lo que no se abandona nunca es la relación de la histeria con la identificación.

De este modo el hombre histérico puede distinguirse del obsesivo: en lugar de promover al padre muerto como significante-amo, se identifica a él en el retorno de lo reprimido que impone el síntoma histérico. Así, la virilidad puede volverse un pavoneo y la paternidad una coyuntura para desvanecerse en los síntomas. Y se diferencia de la histeria femenina en que el amor al padre en ella es consecutivo a su castración (Bruno, 1986).

Figuras de la histeria masculina: el clásico don Juan y el posmoderno Alfie

Nos serviremos de la ficción en sus relaciones con la verdad para abordar la histeria masculina, siguiendo la enseñanza de Freud y Lacan respecto del valor de modelo de la obra artística para tratar

las problemáticas del ser hablante. La figura literaria del don Juan, creada por el dramaturgo español Tirso de Molina en el siglo XVII, se suele leer en la grilla de la histeria masculina. El don Juan, seductor imparable de mujeres a las que luego abandona, muestra a las claras su vulnerabilidad y aun su impotencia detrás de una aparente sucesión de aventuras potentes. Es de destacar que su identidad es un misterio: se parte de la idea de que hay un hombre que se oculta tras una máscara. En primer lugar don Juan dice de sí mismo que no es. Este no ser, en la medida en que el nombre marca la identidad, define de manera contradictoria su calidad de ser. Como ser mítico demonizado encarna lo opuesto al ideal del amor caballeresco de su época: el candor y la cortesía, rasgos inofensivos. “El deseo de seducir no es más que un semblante del deseo”, sostiene Silvia Lippi en su trabajo “El seductor: ¿charlatán o devoto?” (2007). Allí, Lippi analiza la figura trágica del seductor y muestra de qué manera sus actos revelan su dificultad para asumirse en su deseo. “El goce producido por la repetición de las conquistas y por el hecho de ser infiel arruina el encuentro del sujeto con la causa de su deseo.” Tanto en el caso del seductor obsesivo que cumple el mandato del Padre de seducir a todas y convierte sus conquistas en ofrendas devotas a ese Padre, como en el del seductor histérico, cuyas promesas toman el valor del acto el deseo está averiado, según Lippi, por lo tanto desea y rechaza en lugar de desear y gozar. Así, en las palabras del seductor está su deseo, deseo que se pierde y se deja a la deriva, liquidado, desde el momento en que se manifiesta a través de su palabra. Todo el hacer está en el decir para el histérico. Y ese decir -a las palabras se las lleva el viento- implica la destrucción o la pérdida de un deseo que se esfuma, en la medida en que no se sostiene. El sujeto se pierde en la fascinación de su propia puesta en escena donde -escondido tras su máscara- permanecerá finalmente en una soledad vacua que dejará al descubierto su pobreza sexual y un goce similar al de la masturbación. ¿A quién quiere parecerse don Juan? Seguramente siempre al Padre, a quien no sólo no podrá matar en el plano simbólico sino cuyo poder supremo será el dueño absoluto de su deseo, aniquilándolo, remata Lippi. Trágico destino el de este personaje fantasmagórico, vengador de Adán, que es todos los hombres, pero también ninguno, por su calidad mítica y literaria. Figura patética construida con la misma sustancia de los sueños shakespearianos que se diluye en el puro ademán histérico del síntoma. Don Juan es un fantasma femenino, dice Lacan, pero sobre todo masculino: él está con las mujeres como si las apuntara (coleccionara) una por una: cada mujer representa un *trazo*, trazo de semejanza con el padre que “las tiene todas”. A la vez, cada trazo -cada mujer- lo aleja cada vez más del inicio, lo aleja del padre. El seductor histérico, a diferencia del obsesivo, sostendrá el deseo como insatisfecho, mientras que el obsesivo lo destruirá.

Una versión posmoderna de don Juan es la que cuenta la ficción de Alfie, film del año 1966 que encuentra su remake en el año 2004. Alfie Elkins es el arquetipo del soltero mujeriego y juerguista, pero ese encanto, esa chulería, esas bravatas esconden a otro hombre. Al hombre que, según la letra del tema “Alfie” de Mick Jagger, “no deja entrar al amor”. Alfie cuenta la historia de un mujeriego filosófico que se ve obligado a replantearse su aparentemente libre y despreocupada vida plasmada en la gran pantalla con elegancia y estilo. “*Me inclino por la filosofía europea, mis prioridades son el vino, las mujeres y... Bueno, creo que ya está, vino y mujeres. Aunque queda la posibilidad de mujeres y mujeres*”. Eleva la virilidad al estatus de la conquista femenina cuya presa no es más que colección. Conocer, enamorar y seducir mujeres es el segundo trabajo de Alfie, y en cuanto las mujeres comienzan a interesarse un poco más

en él, él huye de la escena. El punto de quiebre acontece cuando Alfie deja embarazada a la mujer de su mejor amigo, y ella decide abortar. La paternidad como horizonte perdido deja como marca una disfunción eréctil que lo conduce a descubrir un bulto en sus testículos a la vez que se vuelve un problema para sus conquistas. Sólo por medio de ese rodeo puede ubicarse por primera vez como alguien que busca amar a una mujer, y hacerla causa de su deseo, que por supuesto acabará una vez más, insatisfecho.

Conclusiones

¿Qué nos enseñan estas figuras sobre la histeria masculina? ¿Acaso no sigue siendo un asunto qué es una mujer, cómo goza, cómo se la amarra, el misterio que conduce la pregunta por el sexo no importa si se trata de un hombre o una mujer? La pantomima de la identificación viril cobra en los hombres el carácter de un personaje de conquista que se reafirma en ser el falo para aquellas mujeres a las que dejara deseando cada vez. Tener mujeres deviene una consecuencia lógica de proponerse en el lugar del objeto de deseo, en segundo grado respecto de serlo. O por el contrario, la virilidad en crisis se revela en el sujeto dividido, que se dirige al Amo para revelar su impotencia. Diversas mascaradas que vienen a velar la falta de proporción sexual en el juego de los sexos.

En suma, es un hecho clínico la frecuente relación entre la histeria y las mujeres, frecuencia que ha sido explicada desde el psicoanálisis mismo, sin embargo, encontramos que no son más que posiciones subjetivas diametralmente opuestas y totalmente ajenas al sexo anatómico del sujeto que porta esa posición. Claro ejemplo es la histeria masculina, aunque el atributo “masculino” parece hacer marca diferencial en las presentaciones, ¿de qué se trata ese rasgo diferencial? Lo real del sexo no es sin consecuencias en el rodeo identificatorio de la histeria en los hombres, así como la problemática del amor al padre. El mecanismo de conversión freudiano no alcanza para abordar la especificidad de la histeria en los hombres. Es con Lacan y su abordaje de la estrategia de deseo en la neurosis que encontraremos una pista sobre el escollo clínico: en definitiva qué es una mujer puede ser una pregunta amordazada también para el sexo masculino. Ahora bien, con sus últimos desarrollos, el asunto se complejizará aún más: la histeria siempre será masculina, porque lo femenino será un camino a recorrer más allá de la lógica fálica.

BIBLIOGRAFIA

- Bruno, P. (1996) “La histeria masculina” en *Histeria y Obsesión*, Editorial Manatíal, Buenos Aires, 1998.
- Da Ponte, L. (1787) *Libreto de Don Giovanni para Mozart*.
- Freud, S. (1886) “Observación de un caso severo de Hemianestecia en un varón histérico” en *Obras Completas Tomo I* Editorial Amorrortu, Bs As, 2007.
- Freud, S. (1923) “Una neurosis demoniaca en el siglo XVII” en *Obras Completas Tomo XIX* Editorial Amorrortu, Bs As, 2000.
- Freud, S. (1928) “Dostoievski y el parricidio” en *Obras Completas* Editorial Lopez Ballesteros, Bs As, 1998.
- Freud, S. (1931) “Sobre la sexualidad femenina” en *Obras Completas Tomo XXI* Editorial Amorrortu, Bs As, 2007.
- Freud, S. (1933) “La feminidad” en *Obras Completas Tomo XXII* Editorial Amorrortu, Bs As, 2007.
- Lacan, J. (1957) “El psicoanálisis y su enseñanza” *Escritos I Siglo XXI* Editores 1985.

Lacan, J. (1958) "La significación del falo" Escritos II Siglo XXI Editores 1985.

Lacan, J. (1958) "Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina" Escritos II Siglo XXI Editores 1985.

Lacan, J. (1955-1956) El seminario. Libro III "Las psicosis" Editorial Paidós 1994.

Lacan, J. (1956-1957) El seminario. Libro IV "La relación del objeto" Editorial Paidós 1999.

Lacan, J. (1973) El seminario. Libro XX "Aun" Editorial Paidós 2000.

Lippi, S. (2007) "El seductor: ¿charlatán o devoto?". Ponencia presentada en Jornadas de Psicoanálisis en Barcelona, en http://www.litura.org/barcelona_lippi